POEMA PARA EL PINTOR ANTONIO NIÑO LOPEZ TORRES

Año 1.976

ERDON, Antonio,
por el tuteo y estas cosas rancias
que escribo porque sí, como si ahora
fuera agosto en Ciudad Real
y en las paredes de mi cuarto
colgase, igual que allí, la luz purísima,
airosa, genital,
manchegamente abierta, que le robas
al agrio resplandor de tu llanura.

Allí estabas, menudo, humilde, pleno
también, más alto que la luz:
como tu luz de alto.
Y allí me preguntaba, y me pregunto,
por el milagro de los años
que pasan sin tocarte más que el cuerpo.

Sobran las fechas en tus cuadros.
Mil novecientos treinta y cuatro, mil
novecientos cincuenta y ocho. Niños
y llanuhra, amargor rabioso
para empezar la vida.
Nada ha cambiado. Otros son los niños.
Eso es todo. Del mismo peso son
las penas, el salobre cuajarón amarillo
de la tristeza.
Por los corros, sentados en la tierra,
los niños viven su aventura inútil
de ser niños, aprenden de la vida
-ay, Dios y qué temprano- que el trabajo y el juego
son distintos.

Perdón, Antonio, dime
por qué a ese niño -tan sin tiempo en pie-
le pesa tanto la terrible ropa de hombre
que no puede jugar, y olvida el corro,
mira sin ver, y piensa en hombre.
Antonio, ese niño, ¿habrá crecido?
¿Será un hombre de vino y de tinaja,
de golpones de sol y de fracaso?

Pero la luz siempre es testigo. Habría
que mirar la llanura, el sol, los cardos
en pie, los niños del rastrojo, el saco
grande de la limosna consentida,
el graznido cimbel de la impotencia
para cargar a cuestas tanta pena,

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Cardo de bronce, El. #21, 12/1994.